



*México Interdisciplinario / Interdisciplinary Mexico*

ISSN 2193-9756



## XIV. La experiencia judía en México

2018/2, año 7, n° 14, 156 pp.

Editores: **Jacobo Sefamí / Matthias Lehmann**

DOI: 10.23692/iMex.14

---

### En Estambul te vo a bushkar

(pp. 128-132)

**Jacobo Sefamí**



Licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-SA 4.0)

Website:

[www.imex-revista.com](http://www.imex-revista.com)

Editores iMex:

Vittoria Borsò, Frank Leinen, Guido Rings, Yasmin Temelli

Redacción iMex:

Hans Bouchard, Bianca Morales García, Ana Cecilia Santos, Stephen Trinder

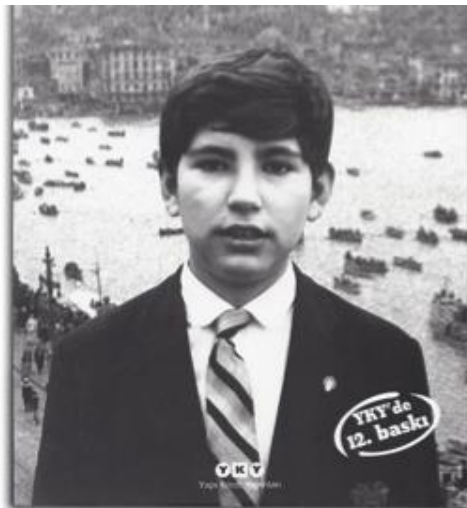
## **En Estambul te vo a bushkar**

**Jacobo Sefamí**

**(Turquía, 2015)**

### ***Pamuk y yo***

Estamos a punto de despegar y leo las primeras páginas de *Istanbul. Memories and the City* (*Estambul. Ciudad y recuerdos*), en inglés, de Orhan Pamuk. Me impacta su inicio: dice haber pensado desde muy pequeño, a los cinco años de edad, el tener un hermano gemelo (o su doble) que vivía en otra casa semejante a la suya, ubicada en una calle parecida de Estambul. Ese otro yo lo obsesionaba en su infancia y adolescencia, ya sea como fantasma, fantasía o pesadilla. "Cuando me sentía desdichado, comenzaba a imaginar que iría a otra casa, a otra vida, al lugar donde vivía el otro Orhan y, de repente, empezaba a creerme un poco que yo era ese otro Orhan y me entretenía con los sueños de felicidad. Esos sueños me hacían tan feliz que ya no sentía la necesidad de irme a otra casa." Luego, veo con pasmo que Pamuk y yo somos parecidos, al menos según las fotos que aparecen de él de niño.



Me imagino que yo podría ser ese doble de Pamuk, aunque nacido en otra ciudad y en otro continente. Luego reflexiono que esa noción del otro pasa por mi mente, pero ya no tanto en referencia al niño que fui sino al adulto. ¿A qué voy a Turquía sino es a buscarme a mí mismo, ese otro desconocido para mí, pero a la vez idéntico a mí, con los mismos genes? ¿Quién será ese otro Jacobo que deambula en las calles de Estambul e imagina a su gemelo emigrado que come tacos y hamburguesas? Quizá sea esa necesidad de verme como otro, trasplantado, en la ausencia de mí. Es ese espacio también de la infancia en que me arrebataron a Mili, mi hermana, sí, a los cinco años míos, mi casi gemela que voló hecha trizas, arrollada por un automóvil. Seguramente esa fractura, esa muerte que internalicé tantos años, aflora de muchas maneras, me haga seguir buscando inútilmente ese otro yo elusivo e imposible.

En Turquía, caminaré las calles en busca de ese otro hombre que no me reconocerá, tal vez un médico, un comerciante, un actor o un músico, no sé. Me pasará lo que me ocurre en casi todos los países de América Latina y del Mediterráneo en que he estado: unas mujeres turistas, tal vez americanas o del mismo país pero de otra ciudad, estarán perdidas, mirarán a su alrededor, y después de una rápida inspección física, me verán la cara tranquila, amistosa y se acercarán para preguntarme dónde queda una calle, un barrio, un hotel, un restaurante, y yo las miraré satisfecho, feliz en mi interior, respirando pausadamente para sentirme ese otro yo que fui en esa ciudad, y trataré de darles instrucciones precisas, en inglés o en español, de cómo llegar al lugar que buscan. Ellas me sonreirán, tratando de seguir la conversación para averiguar quién soy yo, pero antes de que descubran que yo no soy yo, que adviertan un acento extraño, que se den cuenta que yo también estoy perdido en ese sitio buscando algo o a alguien, entonces me despediré cortésmente, seguiré caminando muy seguro de mí mismo, con aplomo, pensaré que aunque solo fuera por un segundo fui/soy argentino, chileno, venezolano, uruguayo, dominicano, español, italiano, sirio, marroquí, griego, israelí, árabe y, claro, turco. Podré ser un autor famoso, como Pamuk, aunque sea por un segundo; pensaré que mientras él se paseaba por el Bósforo, yo andaba por las calles de la Colonia Roma, cruzando Orizaba y Chihuahua, rumbo a la glorieta del Ajusco para rentar bicicletas, comiendo *sambusek*, las empanadas árabes que mi mamá ponía al horno, en tanto él seguramente las probaba como *borekas*, la versión turca de su familia. Él estará cruzando Oriente y Occidente literalmente, de una ribera a la otra; yo lo haré a mi modo, poniéndole aguacate a los *kipes*, y comiendo chile verde con el guiso de los viernes: mi colonia como un microcosmos del mundo en donde se cruzan fronteras con asiduidad.

Me evocaré como niño perdido (emulando la calle de ese nombre, en un tramo de lo que ahora es el Eje Central Lázaro Cárdenas), deambulando en el Estadio del Seguro Social, ya sin gente, después de un partido de beisbol de los Diablos Rojos, buscando desesperadamente a mi papá, por Avenida Cuauhtémoc, sin saber qué camino tomar.

Luego reflexionaré, me reiré de mí mismo, volveré en mi juicio, y retornaré al cinismo mexicano, regresará el habla chilanga, escucharé de nuevo a mi hermano con el dedo pulgar enseñándole a todo mundo con que nos cruzábamos en Siria a decir "chido", o vendrá la voz de mi sobrino, diciendo "carnal". Y así imaginaré que mi carnal turco recorrerá las calles de la Ciudad de México probando los tacos al pastor, para ver si así puede permutarse todo y ser yo, saber qué fue de mi vida y por qué decidí viajar a Estambul.

### ***Balat, la conciencia del exilio***

Camino por la mañana en el barrio de Balat (o Balata). Se parece a la Colonia Roma de antaño, la pobre, no a la actual que se ha puesto de moda (ni tampoco a la señorial de las primeras décadas del siglo XX). Todos se me hacen conocidos. Me miran como si siempre hubiera vivido allí, el sefardí que nunca abandonó su tierra. Voy rodeado de manadas de perros que no veía desde mi infancia, sintiendo otra vez miedo (¿se podrá tener nostalgia del miedo?) de que me ataquen. También hay muchísimos gatos callejeros, saltan entre tejados, van por las calles transversalmente, se acuestan en las repisas de las ventanas, durmiendo. Nunca había visto tantos en mi vida. En una esquina, varias mujeres hablan en árabe y se me olvida que estoy en Turquía. Pero pronto me doy cuenta que son refugiadas de Siria.

Al dar la vuelta, paso por una escuela. Los niños se están formando en el patio interior, tal vez para entonar el himno turco. Una niña de nueve años corre hacia mí, abriendo sus brazos, para que yo la levante y le dé un beso, como si fuera su padre. La mamá, que viene detrás, le grita, tal vez regañándola. Yo no sé cómo reaccionar, salvo que guardo prudente distancia y la niña se da cuenta, en el último instante antes de abrazarme, que no soy quien ella suponía que era, y voltea a ver a su madre, con lágrimas en los ojos. Supongo por el tono y la voz que la madre me pide disculpas por la confusión. Yo le respondo con gestos que no se preocupe, y me despido tocando con la palma de la mano el corazón.

### ***Istipol o la memoria desconocida***

Veo sinagogas derruidas, gente que pasa sin percibir que tomo fotos, ansioso. Isak, mi guía, se ha puesto a hablar con unos vecinos sobre las elecciones municipales y yo me he quedado solo. Viene hacia mí un hombre joven, de mi misma complexión. Tiene el cabello negro, la nariz achatada como la mía, las pestañas largas. Lleva una chamarra ligera, beige, igual a una que dejé de usar hace veinte años. Le sonrío sin decir nada. Él me mira y comienza a hablarme en turco. No entiendo nada de lo que dice. Me quedo un instante sin emitir palabras. No tengo más remedio que decirle en inglés que no soy de allí, que lo siento mucho, pero no entiendo qué es lo que quiere. No creo que sepa inglés. Le repito lo mismo en español. Volteo buscando a Isak para que me ayude, pero no está por ningún lado. El joven me ve, desalentado, incrédulo; por su voz alta noto que está enojado, quizá me esté insultando. Se va hacia arriba, gesticulando con las manos. Me encojo de hombros y pienso en el rabino David Sefami, y en su sinagoga, que está frente a mí, incendiada hace más de cien años. Aunque la reconstruyeron, nunca recobró su vigor antiguo. Toco la piedra, los ladrillos que conforman la pared del exterior.

Me quedo unos momentos más allí, sin saber qué hacer, como si se tratara de un santuario. Las señoras que pasan me ven intrigadas, sin entender por qué abro las manos y recorro la superficie del muro. No saben que lo hago para ver si una migaja de ese mundo misterioso de mi pasado se remueve, tal vez un hálito, un silencio oscuro, delate a mi antepasado y abra las puertas y esclarezca un algo de la memoria.

### ***Ese otro yo***

Escudriño a cada uno de los hombres que encuentro en el camino para ver si me reconozco. Sí, pero no, digo en mis adentros. Se parecen, podrían ser familiares o conocidos, pero no, no son como yo. Me encontraré con Orhan Pamuk, en este Cuerno de Oro. Saldrá con sus amigos a la calle y lo veré de frente, alto, delgado y guapo, como si fuera la antítesis, el negativo de la foto que me revela mi propia cara. Le diré que lo he estado buscando desde hace siglos. Él me verá a los ojos por un segundo y seguirá hablando al micrófono de alguien que lo entrevista, pasando a mi lado, sin voltear. Yo le diré a su sombra:

—Pamuk, soy yo, ¿no me reconoces? Soy ese otro que se fue, que huye despavorido por el mundo, que busca afanosa e infructuosamente a ese ser inexistente, más allá de los mares y de los ríos. *Mi vida es una fuga y todo lo pierdo y todo es del olvido.* Dame

la mano, ayúdame a cruzar la calle, otórgame fuerzas para que Mili emerja de nuevo y hable en la tierra con el lenguaje de las nubes.